



EGURAMENTE más admirado en el extranjero que en la tierra en que nació, disputadas sus obras, aun las medianas, donde apenas apunta aquella magistral factura que debía robar sus secretos á la luz, su fuerza y expresión á las pasiones, para inmortalizarlas por medio de la plástica; grande entre los grandes, el primero por la fidelidad y sentimiento del natural, VELÁZQUEZ, que hoy revive oficialmente, con motivo de su tercer centenario, no puede morir, en tanto que el tiempo respete sus telas y no borre las líneas que trazó su mano. Su genio no ha sufrido eclipses; no es de los que brillan hoy para desaparecer mañana, sino de los que se imponen y quedan y se perpetúan; porque ha sabido ser natural y humano, porque no pinta una ficción de aquellas que pasan como las generaciones, sino el hombre tal cual es, con sus defectos y sus altas cualidades, con su pereza y su energía, borracho de vino ó borracho de gloria, arrastrándose por el fango del vicio ó iluminado por el resplandor de gloria que irradia el poder noblemente ejercido y en provecho de sus semejantes empleado.

El ALBUM SALÓN, deseoso de contribuir, aunque sea en proporción humilde, al homenaje con que España, sacudiendo su apática indiferencia, va á honrar la memoria del gran artista cuyas admirables creaciones tanto la enaltecieron; le dedica el presente número, ilustrado con las obras que más contribuyeron á cimentar la fama que justamente le adjudicó su siglo: encabezándolo con su retrato y la siguiente biografía, de irrecusable autoridad, por ser traslado fiel de la que en 1800 publicó la Academia de Bellas Artes de San Fernando, sin otra variante que la adaptación de su ortografía á las reglas modernas.

Júzuese por ella de la importancia que tuvo en el universo todo la colosal figura de

## DIEGO VELÁZQUEZ DE SILVA

Nació en Sevilla, en el año de 1599, y fué bautizado en la parroquia de S. Pedro el día 6 de junio, como consta de la partida de bautismo. Vinieron de Portugal sus abuelos paternos á establecerse en aquella ciudad, y sus padres le dedicaron al estudio de la latinidad y de la filosofía; pero, notando una inclinación decidida en el muchacho á la pintura, porque siempre estaba dibujando en los libros y cartapacios, tuvieron por más acertado ponerle en la escuela de Francisco Herrera, el viejo, tan conocido por su facilidad en pintar, como por la aspereza de su genio. Aunque aquella era adaptable á la viveza del discípulo, ésta era insostenible á su amabilidad y dulzura, por lo que tuvo que sacrificar el estilo del maestro, que llenaba sus ideas, á la tranquilidad de su espíritu; prefiriendo la blandura de Francisco Pacheco, á cuya dirección pasó después.

Aunque éste procuró instruirle con esmero en todas las reglas y preceptos del arte, el joven Velázquez, que era dotado de un talento extraordinario, conoció desde el principio que su principal maestro debía ser la naturaleza, y desde entonces le hizo voto, digámoslo así, de no dibujar ni pintar cosa alguna que no fuese á su presencia, esto es, por ella misma. A este fin dice Pacheco en su libro del *Arte de la Pintura*: «Tenía (Velázquez) coechedo un aldeanillo aprendiz que le servía de modelo en diversas acciones y posturas, ya llorando, ya riendo, sin perdonar dificultad alguna, y por él hizo muchas cabezas de carbón y realce en papel azul y de otros muchos naturales con que granjeó la certeza en el retratar.» Así llegó á ser tan excelente en las cabezas, que pocos italianos le igualaron, y hasta sus mismos émulos lo confesaban, diciendo que en esto sólo consistía su mérito; á lo que respondía: «mucho me favorecen, pues yo no sé quien sepa pintar bien una cabeza.»

Para vencer la aspereza de los colores y conseguir el dominio sobre los pinceles, escolló insuperable muchas veces para los más diestros dibujantes, se dedicó á pintar frutas, aves, peces y cosas inanimadas, por el natural, cuya simetría no tiene la difícil correspondencia que hay en el cuerpo humano de las partes con el todo, ni hay que superar las filosóficas pasiones del ánimo, en los principios, ni que vencer otras obscuras dificultades que encierra en sí tan prodigiosa máquina. Siguiendo este sistema, dió pruebas de su gran talento, pues prescindiendo del riguroso de su maestro, buscó el camino más corto para llegar á la perfecta imitación de la naturaleza, sin que por esto dejase de aprender en adelante cuanto contiene el desnudo del hombre, como se nota en la fragua de Vulcano, en el cuadro de la túnica de José, en el crucifijo de las monjas de S. Plácido y en otras obras que no aciertan á imitar los partidarios del sistema opuesto; y en fin, dejó á los jóvenes principiantes un camino abierto, que tal vez vendría mucho trillar.

Pasó después á pintar figuras vestidas en asuntos domésticos y vulgares, á manera de David Teniers y de otros pintores flamencos y holandeses, que llaman *bambochadas*, y las hacía con suma propiedad, aunque por sujetarse demasiado á la naturaleza, que todavía no sabía observar bien, cayó en alguna dureza. A este su primer estilo pertenecen el Aguador de Sevilla, que está en el palacio de Madrid, un nacimiento que

*Yo el Rey don Felipe IV. Rey de España que por querria de lo que se aver para el gran de Salceda de España mandó que se diesen ocho reales de la Corona y los Galopinos ordinarios que se ven haciendo a S. M. quimenteros y diez y ocho reales que se imprimen los Camos que se dan a quien de M. R. se ve el día de la una y ponga el Rey por mi querria que con lo que se le van haciendo de 5 de Julio de 1660. Diego de Silva Velázquez*

UN AUTÓGRAFO DE VELÁZQUEZ



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

RETRATO ECUESTRE DEL CONDE DUQUE DE OLIVARES

Copia de E. ALVAREZ DUMONT.

posee el conde del Águila y algunos otros cuadros que ya no existen en aquella ciudad.

Como concurriesen á casa de su maestro los más ilustrados ingenios sevillanos, que en aquel tiempo eran muchos y sobresalientes, oía tratar y discutir sobre mil asuntos curiosos y conducentes á la instrucción y buen gusto que debe tener un pintor. Se aprovechaba de estas sesiones y sacaba partido del fuego y entusiasmo de los poetas, que no eran los que menos la frecuentaban, pues que Pacheco se preciaba con justicia de serlo, é ilustraba su gran genio y talento en todo lo necesario á su arte con la lectura de los escogidos libros que tenía su maestro.

«Al cabo de cinco años que estuvo en ésta (que se podía llamar academia del buen gusto) dice Pacheco, le casé con mi hija (doña Juana), movido de su virtud y de las esperanzas de su natural y grande ingenio. Llegaban entonces á Sevilla pinturas de Italia, Flandes y Madrid, que excitaban á Velázquez á quererlas imitar; pero las que más le llevaron su atención fueron unas de Luis Tristán, por la analogía que tenían las tintas con su gusto, y por la viveza de los conceptos; y habiéndolas copiado, se declaró su sectario y procuró dejar la manera seca que le había pegado su maestro. No fué éste el solo bien que causaron, porque deseoso de ver otras, emprendió un viaje á Madrid.

Salió de Sevilla en la primavera de 1622, y fué muy obsequiado en la Corte de sus paisanos don Luis y don Melchor de Alcázar, y mucho más del sumiller de cortina don Juan de Fonseca y Figueroa, maestrescuela y canónigo de la santa iglesia de Sevilla. Le proporcionó ver y estudiar cuanto quiso en las reales colecciones de Madrid, el Pardo y el Escorial; y aunque hizo todas las diligencias que pudo para que retratase á los reyes, no lo consiguió. Después de haber retratado al poeta don Luis de Góngora, por encargo que le había hecho su suegro, se volvió á Sevilla en el mismo año, quedando en Madrid de protector y agente suyo el maestrescuela, que no dejaba piedra por mover para que volviese. Volvió al año siguiente de 1623, en virtud de una carta del conde duque de Olivares, ministro de Estado y privado de Felipe IV, que le mandaba se pusiese en camino, señalándole una ayuda de costa de 50 ducados. Su suegro quiso acompañarle en este viaje para ser testigo de la gloria que presentaba en su corazón.

Hospedólos en su casa Fonseca, y á pocos días de haber llegado Velázquez, le pintó su retrato, que llevado á palacio, le vieron en una hora el rey, las demás personas reales y los grandes que estaban de servidumbre, con aprobación y elogios de todos y particularmente de Su Majestad, quien mandó expedir esta cédula: «A Diego Velázquez, pintor,

» he mandado recibáis en mi servicio para que se ocupe en lo que se le ordenare de su profesión, y le he señalado 20 ducados de salario al mes, librados en el pagador de las obras de estos alcázares, Casa de Campo y del Pardo.»

Mandó también el rey que retratase al infante cardenal, y aunque se tuvo por más acertado hacer antes el de S. M., se suspendió por graves ocupaciones, mas le concluyó el día 30 de agosto del mismo año á satisfacción de toda la corte y mayor del conde duque, que aseguró públicamente que ningún

pintor había retratado bien al rey hasta entonces, aunque lo habían emprendido Bartolomé y Vincencio Carducho, Eugenio Caxés y Angelo Nardi. Manifestó también el contento que tenía Su Majestad con el buen desempeño de aquella obra y le ofreció que se mandaría recoger los demás retratos del rey, y que en adelante sería él el único que los pintase.

S. M. ordenó que Velázquez trasladase su casa y familia á Madrid, dándole una ayuda de costa de 300 ducados, y le nombró su pintor de cámara en 31 de octubre de 1623, con el mismo sueldo de los 20 ducados mensuales que se le habían señalado en abril, pagadas además sus obras y con las adehalas de médico, cirujano y botica.

Era el retrato del rey del tamaño del natural, estaba armado y á caballo, muy arrogante y brioso: y con su real licencia se puso en la calle Mayor, frente á S. Felipe el real, en día de gran concurrencia, donde fué admirado de todo el pueblo, y causó no poca envidia á los demás pintores.

Hallábase entonces en la Corte el príncipe de Gales, quien celebró mucho el retrato del rey: pidió á Velázquez que le hiciese el suyo, y aunque lo principió, no pudo concluirlo por la precipitación con que salió el príncipe de Madrid, el día 9 de septiembre de aquel año. No fueron estos los únicos favores que don Diego recibió entonces de la benéfica mano del monarca; le señaló también una pensión de 300 ducados, que no pudo disfrutar hasta el año de 1626, en que para ello hubo de dispensar el papa Urbano VIII.

Tratóse en palacio de levantar un monumento, con el motivo de la inesperada expulsión de los moriscos por el piadoso Felipe III, y el rey vino en mandar que cada pintor de cámara pintase un cuadro de este asunto con todo cuidado y esmero. Trabajaron á porfía Caxés, Nardi, Carducho y Velázquez. Concluidos los cuadros, en 1627, se llevaron á palacio, y S. M. nombró jueces de este certamen á fray Juan Bautista Maíno, dominico, y á don Juan Bautista Crescenci, ambos pintores; y de común acuerdo prefirieron el de Velázquez, que se colocó en el salón grande del alcázar. El premio fué la plaza de ujier de cámara con sus gajes, que aunque sea, como lo es, oficio muy honroso y lo mismo el de ayuda de cámara del rey y el de aposentador mayor, que después se confirieron á don Diego, defraudan el tiempo á los artistas que debieran ocupar con más utilidad en el ejercicio de su profesión, como dice el prudente don Antonio Palomino. En 1628 le añadió el rey la merced de la ración de cámara y 90 ducados anuales para un vestido, concediendo á su padre tres oficios de escribano en Sevilla, que según afirma Pacheco, le valía cada uno 1,000 ducados al año.

Llegó á Madrid Pablo Rubens, el día 9 de Agosto del mismo año, con quien Velázquez seguía de antemano correspondencia artística, y en los nueve meses que estuvo en la Corte no trató con ningún otro profesor: celebró mucho sus obras y fueron juntos al Escorial, á ver y observar las que hay en aquel monasterio. Con la instructiva explicación que Rubens hacía del mérito de cada una y de sus autores, se renovaron en don Diego los antiguos deseos que tenía de pasar á Italia á estudiar, y volvió á instar al rey para que le concediese la licencia que S. M. le había ofrecido, y que no llegaba á tener efecto por no privarse de su servicio. Túvola al fin en 1629, mandando el rey darle 400 ducados de plata, con el sueldo de dos años, y el conde duque 200 ducados de oro, una medalla con el retrato de S. M. y cartas de favor para los embajadores, ministros y otros señores; con lo que se embarcó en Barcelona el día 10 de agosto de aquel año.

Aportó á Venecia y fué hospedado en la casa del embajador de España, quien le honró y distinguió como correspondía á las recomendaciones que llevaba. Agradaron mucho á Velázquez las pinturas de Ticiano, Tintoretto, Veronés y de otros profesores de aquella escuela; por lo que no dejó de dibujar y copiar todo el tiempo que permaneció en aquella Corte, particularmente la famosa crucifixión del Tintoretto, é hizo una copia de otro cuadro de este profesor, que representa á Cristo comul-



RETRATO DE ANTONIO ALONSO PIMENTEL.  
Museo Nacional de Pinturas (Madrid). Fot. de Hauser y Menet.

gando á los discípulos, que presentó al rey á la vuelta. Hubiera estado más tiempo en esta ciudad si no fuese por la guerra. Partió á Roma, pasando por Ferrara, donde fué muy obsequiado del cardenal Sachetti, que había sido nuncio en España, y mandó que sus criados le acompañasen hasta Cento. Visitó al paso la casa santa de Loreto, y sin detenerse en Bolonia llegó felizmente á Roma.



RETRATO DE D.ª JUANA PACHECO DE VELÁZQUEZ.  
Museo Nacional de Pinturas (Madrid). Fot. de Hauser y Menet.

Mandó el papa Urbano VIII alojarle en el Vaticano, y le entregaron las llaves de algunas piezas, para que pudiese trabajar con más libertad; pero, por hallarse solo y fuera de mano, no las admitió, contentándose con que le permitiesen entrada franca cuando le acomodase. Copió entonces con lápiz y con pinceles mucha parte del Juicio universal y de los profetas y Sibilas que pintó Miguel Angel en la capilla Sixtina, y diferentes grupos y figuras de las celeberrimas historias de la teología, escuela de Atenas, monte Parnaso, incendio del Borgo y de otras de Rafael de Urbino.

Pero, como le hubiese agradado el palacio de Médicis para pasar el verano y poder estudiar el antiguo por estar más ventilado y contener gran porción de excelentes estatuas, el conde de Monterrey, que estaba de embajador, le facilitó habitación cómoda en él. Al cabo de dos meses, unas tercianas le obligaron á mudarse á una casa inmediata á la del conde, para estar más bien asistido en su enfermedad, en la que el embajador le manifestó el afecto y consideración que le tenía, con su obsequio y cuidado, que contribuyó á su pronto restablecimiento.

Un año entero estuvo don Diego en Roma, ocupado en útiles estudios, sin haber pintado más que su retrato, que envió á su suegro, el cuadro de la túnica de José y el de la fragua de Vulcano; y á pesar del deseo que tenía de seguir, tuvo que sacrificarle para venir al servicio del rey. Pasó antes á Nápoles, donde abrazó á José de Ribera, y después de haber retratado á la reina de Hungría, se restituyó á Madrid, á principios de 1631. Celebró mucho el conde duque su pronto regreso, y le mandó que besase la mano al rey y le diese las gracias por no haberse dejado retratar de otro pintor, en su ausencia. También se holgó S. M. con su venida, y ordenó que se le pusiese el obrador en la galería del cierzo, y que se hiciese otra llave, para cuando gustase de ir á verle pintar; como lo hacía en adelante los más de los días.

Lo primero que pintó fué el retrato del príncipe Don Baltasar Carlos, y después se trató entre el rey, el conde duque y Velázquez, de hacer una estatua en bronce de S. M. para colocarla en uno de los jardines del Buen Retiro, que el rey había mandado construir. Acordaron que fuese á caballo y mayor que el tamaño del natural; y no habiendo entonces en España artista capaz de desempeñarla con perfección en esta materia, escribió el ministro á Florencia, para que la gran duquesa le encargase al escultor Pedro Tacca, discípulo de Juan Bologna, autor de la de Felipe III, que está en la Casa de campo. Tomóse el encargo con calor, y el gran duque previno al artista que el rey gustaría de que la postura del caballo fuese en corbeta, ó en galope, y en esta alternativa se tuvo por más acertado que S. A. le escribiese, pidiendo un ejemplar pintado, según la idea que deseaba. Con este motivo pintó Velázquez un cuadro, representando al rey á caballo en la actitud que se eligió, y en otro más pequeño el retrato de S. M. de medio cuerpo, muy parecido. Se cree que no

se tuvo esto por bastante, pues fué llamado á Madrid, para trabajar una estatua ecuestre del rey, la que también se remitió á Florencia.

Pintó Velázquez otros muchos retratos, entre los que se distinguió el del duque de Módena, que se hallaba en Madrid, el año de 1638, quien le gratificó con una rica cadena, que don Diego se ponía los días de gala. En 1639 pintó el crucifijo de S. Plácido y el retrato de Adrián Puido Pareja, general de armada, con tal propiedad, que viéndole el rey, le preguntó por qué no se había ido á su destino, respecto de que ya se le había despachado; pero reparando en que no respondía, volvióse á Velázquez y le dijo: *¡Me has engañado!* Pero se esmeró mucho más en el que hizo á caballo de su protector don Gaspar de Guzmán, conde duque de Olivares y marqués de Heliche, que por tan conocido no describimos.

En 1642 fué don Diego sirviendo al rey en la jornada que hizo á Aragón, para pacificar los catalanes, y en el siguiente de 1643 sufrió con prudencia y resignación el golpe fatal de la caída y destierro del conde duque, y las maquinaciones de sus émulos, que intentaban la suya; pero S. M. le continuó su gracia sin la menor alteración, y le nombró, para la segunda jornada que hizo á Zaragoza en 1644. Pintó entonces un airoso

retrato del rey, ataviado con toda la gala con que entró en Lérida, en medio de las aclamaciones del pueblo, el día 8 de agosto de aquel año.

Restituido el rey con su comitiva á Madrid, siguió Velázquez pintando muchas obras, á pesar de los estorbos de sus empleos, pues servía la plaza de ayuda de cámara desde el año de 1643. Volvió á retratar á S. M. en traje de caza con escopeta y perros de trahilla, y del mismo modo á su hermano el infante cardenal Don Fernando, que son la admiración de cuantos los miran, pues parecen vivos. Retrató también á la reina Doña Isabel de Borbón, sobre un hermoso caballo blanco, que sirve de compañero al que pintó del rey á caballo, recién venido de Sevilla. Hizo el del príncipe Don Baltasar Carlos, corriendo á galope en una haca, y otros que existen en el palacio nuevo de Madrid.

Pero no omitiremos aquí los que también pintó, con extremada semejanza, del poeta don Francisco de Quevedo y Villegas, su amigo; del cardenal Borja, arzobispo de Sevilla; de don Nicolás de Córdoba Lusignano; de Pereira el maestro de cámara; del marqués de la Lapilla, de una dama de singular hermosura, ni el del beato Simón de Rojas. Volvió á retratar al rey armado y á caballo, y habiéndose presentado el retrato en público,



LA FRAGUA DE VULCANO.  
Museo Nacional de Pinturas (Madrid). Fot. de Hauser y Menet.

fué censurado el caballo de estar contra las reglas del arte de la jineta, pero celebrado de otros. Se enfadó mucho con esta diversidad de pareceres, y borrando la mayor parte del cuadro, puso en él *Didacus Velazquez, pinto regis expinxit*. Pintó también en aquel tiempo la toma de una plaza por don Ambrosio de Spínola, para el salón de las comedias en el Buen Retiro y una coronación de Nuestra Señora, para el oratorio de la reina.

Se había tratado en las Cortes, con interés, sobre el establecimiento de una academia pública de bellas artes en Madrid, cuya resolución estaba todavía pendiente; y hora fuese con el objeto de proporcionar principios y modelos para su estudio, hora para buscar estatuas y pinturas para el adorno de una pieza ochavada que se había mandado fabricar en 7 de mayo de 1647 sobre la escalera de la torre vieja del alcázar de Madrid, nombrando á Velázquez para que corriese con su ejecución, cuentas y gastos; dispuso el rey que don Diego volviese á Italia á comprar todo lo que hallase relativo á las artes; siendo de su gusto y aprobación.

Salió de Madrid en noviembre de 1648 y se embarcó en Málaga, con el duque de Najera, que iba á Trento á esperar á la reina Doña María

Ana de Austria. Aportaron á Génova, donde Velázquez, aunque de paso, observó todo lo que había digno de verse: lo mismo hizo en Milán, sin detenerse á ver la entrada de la reina, para lo que había grandes preveniciones. Tampoco se detuvo en Padua; pero sí en Venecia, por la gran inclinación que tenía á las obras de aquellos profesores, y compró algunas. Catequizó en Bolonia á los fresquistas Miguel Colona y Agustín Metelli, para que viniesen á Madrid á trabajar en el servicio del rey. Detúvose en Florencia algunos días, para ver la primera escuela de las artes, y en Módena le obsequió el duque, á quien, como se dijo arriba, había retratado en Madrid. Después de haber admirado en Parma las obras del Correggio, llegó á Roma, y sin visitar á nadie, siguió á Nápoles á verse con el virrey conde de Oñate, encargado de suministrarle cuanto necesitase para llenar su comisión; y habiendo acordado lo conveniente y abrazado segunda vez al Spagnoletto, se volvió á la corte del Papa.

Reinaba entonces Inocencio X, que le recibió en una audiencia, con gran benignidad, cuyo nepote el cardenal Astali Pamfilio le hizo muchas honras y también el cardenal Barberino y otros personajes. Fué muy aplaudido y obsequiado de los famosos artistas que había en aquella capital, cuales eran Pedro de Cortona y el caballero Matías Preti, pintores,

VELÁZQUEZ



Museo Nacional de Pinturas (Madrid).

LAS HILANDERAS

Copia de LUIS GRANER.